

La calle para el jueves 23 de octubre de 2008

Diario de un espectador

Sabrina

Miguel ángel granados chapa

Aunque su programación es repetitiva (uno puede ver la misma película semana tras semana) y enojosamente plagada de anuncios (salvo algunas excepciones), una buena razón para contratar televisión de paga, Cablevisión en particular en la ciudad de México, es la oportunidad de ver buen cine. El otro día, por ejemplo, pudimos deleitarnos con *Sabrina* en su segunda versión, la dirigida por Sydney Pollack.

Una primera cinta de ese nombre fue hecha en 1954 por Billy Wilder, con un reparto magnífico. Lo era en ese momento y su magnitud fue agrandándose al paso del tiempo, no sólo porque sus integrantes forjaron una gran carrera cada uno sino porque se generó uno de esos efectos que produce el paso del tiempo, el embellecimiento de lo pasado. *Sabrina* era Audrey Hepburn, a quien aprenderíamos a admirar cinta tras cinta, así fueran tan diversas como *Charada* y *Mi bella dama*. Los hermanos Larrabee, por su parte, eran encarnados por Humphrey Bogart y William Holden

Cuarenta años más tarde, en 1995, Pollack emprendió la riesgosa aventura de filmar de nuevo esa historia. Escogió para hacer de heroína a Julia Ormond, una debutante actriz inglesa, a quien arropó con Harrison Ford como Linus (el papel que hizo antes Bogart), mientras que asignó a Gregg Kinnear la difícil emulación de Holden, en el papel de David Larrabee.

La historia ocurre en un suburbio elegante de Nueva York y en París. En la espléndida mansión de los Larrabee Linus y David van forjando su carácter. El mayor se encargará de los negocios familiares, como lo hicieron su padre y su abuelo, y a esa dedicación se entrega por completo, hasta hacerse un solterón huraño, tanto más solitario cuanto más exitoso. En sentido contrario, David es un enamorado bueno para nada, renuente a ocupar un lugar en la empresa familiar y que huye de toda relación que amenace con el matrimonio. Cuando finalmente una agraciada y rica investigadora médica lo coloca cerca del altar, aparece Sabrina.

Ella es hija del chofer de la familia. Unos pocos años menor que David, creció no precisamente a su lado por la diferencia de clase, pero sí tan cerca como ara vivir permanentemente enamorada de él. Cuando sale de la adolescencia, su padre la convence de ir a París, donde aprende elegancia, que se agrega de modo natural a su belleza tranquila y grata. Vuelve a la residencia Larrabee precisamente en la víspera de la fiesta en que David anuncia su compromiso matrimonial, en ausencia de la novia que viaja ofreciendo conferencias, pero con presencia de los suegros, una acaudalada pareja que además de ver bien casada a su hija encuentra en el enlace la posibilidad de hacer buenos negocios con los Larrabee.

Sorprendido por la mutación que descubre en Sabrina, y por su inexorable tendencia al galanteo, David se entusiasma con la chica, con escándalo de su propia madre y de su futura familia política. Linus entra entonces en acción. Para impedir que prospere el enamoramiento de su hermano menor con la hija del chofer, finge que Sabrina le interesa. Pasean juntos, se hacen confidencias y ella entusiasta le pinta con vivos colores lo maravilloso que es vivir en París. De pronto, sin embargo, revela a la joven su verdadera intención: alejarla de casa mientras vuelve la prometida de su hermano, y hasta llega a ofrecerle dinero para que no interfiera en el plan que las circunstancias impusieron al voluble tenorio.

La historia tiene un final feliz, que no descubriremos al público que no haya visto las cintas de Wilder o Pollack, ni haremos juicio sobre la densidad dramática de la narración. Sólo diremos que nos encantó, como hace más de medio siglo, cuando vimos la primera versión en Pachuca y cuando hace 13 años en circunstancia felicísima admiramos la segunda en Nueva York.